

## El hombre en el estuche

Categoría: 185-Cuentos en el Muro

Publicado: Lunes, 02 Febrero 2026 18:58

Escrito por Antón Chéjov

---



En las afueras del pueblo de Mironositsky, en el granero del alcalde Prokofiy, se alojaron para pasar la noche unos cazadores que habían llegado tarde. Solo eran dos: el veterinario Iván Ivánovich y el maestro de instituto Burkin. Iván Ivánovich tenía un apellido bastante extraño, doble: Chimsha-Gimalaiski, que no le pegaba nada, y en toda la provincia le llamaban simplemente por su nombre de pila; vivía cerca de la ciudad, en una granja de caballos, y había venido a cazar para respirar aire puro. El maestro de instituto Burkin se alojaba todos los veranos en casa de los condes P... y hacía ya mucho tiempo que era conocido en la comarca.

No dormían. Iván Ivánovich, un anciano alto y delgado con un bigote largo, estaba sentado fuera, a la entrada, fumando en pipa; la luna lo iluminaba. Burkin yacía dentro, sobre el heno, y no se le veía en la penumbra.

Contaban diversas historias. Entre otras cosas, hablaban de que la esposa del alcalde, Mavra, una mujer sana y nada tonta, en toda su vida nunca había salido de su pueblo natal, jamás había visto una ciudad ni un ferrocarril, y en los últimos diez años se había pasado

## El hombre en el estuche

Categoría: 185-Cuentos en el Muro

Publicado: Lunes, 02 Febrero 2026 18:58

Escrito por Antón Chéjov

---

todo el tiempo sentado junto a la estufa y solo salía a la calle por las noches.

—¡Qué tiene eso de extraño! —dijo Burkin—. Hay muchas personas solitarias por naturaleza que, como los cangrejos ermitaños o los caracoles, tratan de encerrarse en su caparazón. Quizá se trate de un fenómeno de atavismo, un retorno a la época en la que el antepasado del hombre aún no era un animal social y vivía solo en su guarida; o quizá sea simplemente una variante del carácter humano. ¿Quién sabe? No soy naturalista y no me corresponde abordar estas cuestiones; solo quiero decir que personas como Mavra no son nada raro. No hay que ir muy lejos: hace dos meses murió en nuestra ciudad un tal Belikov, profesor de griego y amigo mío. Seguro que ha oído hablar de él. Era famoso por salir siempre, incluso cuando hacía buen tiempo, con chanclos, paraguas y, sin falta, un abrigo acolchado y grueso. Llevaba el paraguas en una funda, el reloj en una funda de ante gris y, cuando sacaba la navaja para afilar el lápiz, también la guardaba en una funda. Incluso parecía que llevaba el rostro en una funda, ya que siempre lo ocultaba bajo el cuello levantado del abrigo. Usaba gafas oscuras, chaleco de franela y tapones de algodón en los oídos, y cuando se subía a un coche de caballos, ordenaba que levantaran la capota. En resumen, este hombre mostraba un deseo constante e insuperable de rodearse de una coraza, de crearse, por así decirlo, un estuche que lo aislara y protegiera de las influencias externas. La realidad le irritaba, le asustaba y le mantenía en constante inquietud. Tal vez para justificar su timidez y su aversión por el presente, siempre alababa el pasado y lo que nunca había sido. Las lenguas antiguas que enseñaba eran, para él, en esencia, los mismos chanclos y el paraguas con los que se escondía de la vida real.

—¡Oh,! ¡qué sonoro, qué hermoso es el griego! —decía con dulce expresión, y como para demostrar sus palabras, entrecerraba los ojos, levantaba el dedo y pronunciaba: —¡*Anthropos!*

Belikov también trataba de esconder sus pensamientos en un estuche. Para él, solo eran claras las circulares gubernamentales y los artículos de periódico en los que se prohibía algo. Cuando en una circular se prohibía a los alumnos salir a la calle después de las nueve de la noche o en algún artículo se condenaba el amor carnal, para él estaba claro: prohibido y punto. En las autorizaciones y permisos siempre veía algo dudoso, riesgoso y confuso. Cuando en la

## El hombre en el estuche

Categoría: 185-Cuentos en el Muro

Publicado: Lunes, 02 Febrero 2026 18:58

Escrito por Antón Chéjov

---

ciudad se autorizaba la creación de un círculo dramático, una sala de lectura o una tetería, él negaba con la cabeza y decía en voz baja:

-Claro, todo eso está muy bien, pero ¿y si pasa algo?

Cualquier infracción, desviación y transgresión de las normas le sumían en la desolación, aunque, en apariencia, ¿qué le importaba a él? Si alguno de sus compañeros llegaba tarde a un servicio religioso, corría el rumor de alguna travesura de los alumnos del instituto o veía a una profesora con un oficial a altas horas de la noche, se ponía muy nervioso y no paraba de decir: «Ojalá no pase nada». En las reuniones del consejo pedagógico, nos agobiaba con su cautela, su recelo y sus consideraciones puramente formales sobre el mal comportamiento de los jóvenes en los institutos masculino y femenino y el ruido que hacían en clase. Decía: «Ay, que no llegue a oídos de las autoridades, ay, que no pase nada», y añadía que sería muy bueno expulsar a Petrov de segundo y a Egorov de cuarto. ¿Y qué? Con sus suspiros, sus quejas, sus gafas oscuras sobre su cara pálida y pequeña —ya saben, una cara pequeña, como la de una comadreja—, nos oprimía a todos y nosotros cedíamos: bajábamos la nota de comportamiento de Petrov y Egorov, los poníamos bajo arresto y, al final, los expulsábamos. Tenía la extraña costumbre de ir a nuestros apartamentos. Llegaba a casa de un profesor, se sentaba y se quedaba callado, como si estuviera buscando algo. Estaba así, sentado y en silencio, durante una hora o dos, y luego se marchaba.

Él llamaba a eso «mantener buenas relaciones con los compañeros» y era evidente que le resultaba difícil venir a visitarnos y quedarse allí sentado; sin embargo, lo hacía porque lo consideraba su deber como compañero. Nosotros, los profesores, le teníamos miedo. Incluso el director le tenía miedo. Imagínese, nuestros profesores eran personas pensantes, profundamente honradas, educadas en Turguénev y Shchedrin, pero este hombrecillo, que siempre iba con chanclos y paraguas, llevaba quince años controlando todo el instituto, ¡y toda la ciudad! Nuestras damas no organizaban representaciones teatrales los sábados por miedo a que se enterara y el clero se avergonzaba de comer carne y jugar a las cartas en su presencia. Bajo la influencia de personas como Belikov, en los últimos diez o quince años se ha extendido el miedo a todo en nuestra ciudad. Miedo a hablar en voz alta, a enviar cartas, a conocer gente, a leer libros, miedo a ayudar a los pobres, a enseñar a leer...

Pálido Punto de Luz

Claroscuros en la educación

ISSN 2594-0597 <https://pálido.deluz.com.mx>

## El hombre en el estuche

Categoría: 185-Cuentos en el Muro

Publicado: Lunes, 02 Febrero 2026 18:58

Escrito por Antón Chéjov

---

Iván Ivánovich, queriendo decir algo, tosió, pero primero encendió la pipa, miró a la luna y luego dijo con énfasis:

—Sí, son personas pensantes y decentes que leen a Shchedrin, a Turguénev, a Buckle y a otros, pero se sometieron, aguantaron... Eso es lo que pasa.

— Belikov vivía en el mismo edificio que yo —continuó Burkin—, en el mismo piso, puerta con puerta; nos veíamos a menudo y conocía su vida familiar. Y en casa, lo mismo: bata, gorro, postigos cerrados, cerrojos, una serie interminable de prohibiciones y restricciones, y el eterno «ojalá no pase nada». Ayunar le hacía daño, pero romper el ayuno era pecado; podrían decir que Belikov no observaba las reglas. Entonces comía lucioperca con mantequilla de vaca, que no es un alimento de ayuno, pero tampoco se puede decir que sea carne. No tenía sirvientas por miedo a que pensarán mal de él, pero sí un cocinero: Afanasi, un anciano borracho y medio loco de sesenta años que había sido ordenanza y sabía cocinar un poco. Afanasi solía quedarse de pie junto a la puerta, con los brazos cruzados, y siempre murmuraba lo mismo con un profundo suspiro:

—¡Demasiados hay ahora, demasiados!

El dormitorio de Belikov era pequeño, como una caja, y la cama tenía un dosel. Cuando se acostaba, se tapaba hasta la cabeza. Hacía calor, se respiraba mal, el viento golpeaba las puertas cerradas y la estufa rugía. Se oían suspiros siniestros que provenían de la cocina.

Temblaba bajo la manta. Temía que pasara algo, que Afanasi lo matara o que entraran los ladrones. Tenía pesadillas por la noche y, por la mañana, cuando íbamos juntos al instituto, estaba aburrido y pálido; se notaba que el gimnasio abarrotado al que se dirigía le daba miedo y le repugnaba. A ese hombre solitario incluso le resultaba difícil caminar a mi lado.

—Hay mucho ruido en nuestras clases —decía, como si tratara de encontrar una explicación a su malestar—. Es insoportable.

Y ese profesor de griego, ese hombre que vivía en un estuche, créalo o no, estuvo a punto de casarse.

## El hombre en el estuche

Categoría: 185-Cuentos en el Muro

Publicado: Lunes, 02 Febrero 2026 18:58

Escrito por Antón Chéjov

---

Iván Ivánovich se volvió rápidamente hacia el interior del cobertizo y exclamó:

—¡Está bromeando!

—Sí, casi se casa, por extraño que parezca. Nos han asignado un nuevo profesor de historia y geografía, un tal Mijaíl Sávvich Kovalenko, ucraniano. No vino solo, sino con su hermana Várenka. Es joven, alto, moreno, con manos enormes y, por su cara, se adivina que tiene voz grave; de hecho, su voz suena como un barril: bu-bu-bu... Ella ya no era joven, tenía unos treinta años, pero también era alta, delgada, de cejas negras y mejillas sonrosadas; en una palabra, no era una muchacha, sino una delicia, y era muy vivaz y ruidosa. Cantaba romanzas rusas y se reía a carcajadas. A la menor cosa, se echaba a reír con una voz estruendosa: ¡ja, ja, ja! Recuerdo que nuestro primer contacto con los Kovalenko fue en el cumpleaños del director. Entre los severos y aburridos profesores, que incluso a los cumpleaños acuden por obligación, de repente vimos a una nueva Afrodita renacer de la espuma: caminaba contoneándose, reía, cantaba, bailaba... Cantó con emoción *Viut vitri*, luego otro romance y otro más, y nos cautivó a todos, incluso a Belikov. Se le acercó y, sonriendo dulcemente, le dijo:

—El idioma ucraniano, con su delicadeza y agradable sonoridad, recuerda al griego antiguo.

Esto la halagó, y ella empezó a contarle con pasión y convicción que en el distrito de Gadiách tenía una granja donde vivía su madre y que allí había peras, melones y «*kabaki*» enormes. Los ucranianos llaman *kabaki* a las calabazas, y no a las tabernas, como nosotros. A estas últimas les llaman *shinki*. Con calabaza, tomate y berenjena hacen un *borsch* «tan rico, tan rico, que da miedo comerlo».

Escuchábamos y, de repente, a todos se nos ocurrió la misma idea.

—Qué bien estaría casarlos —me dijo en voz baja la directora.

Por alguna razón, todos recordamos que nuestro Belikov no estaba casado y nos pareció extraño que no nos hubiéramos dado cuenta antes, que hubiéramos pasado por alto un detalle tan importante de su vida. ¿Qué opinión le merecían las mujeres? ¿Cómo resolvía para sí mismo

## El hombre en el estuche

Categoría: 185-Cuentos en el Muro

Publicado: Lunes, 02 Febrero 2026 18:58

Escrito por Antón Chéjov

---

esta cuestión tan vital? Antes no nos interesaba en absoluto; tal vez ni siquiera admitíamos la idea de que un hombre que llevaba chanclos en cualquier época del año y dormía bajo un dosel pudiera amar.

-Él ya ha pasado los cuarenta y ella tiene treinta... -explicó la directora-. Creo que ella se casaría con él.

¡Cuántas cosas innecesarias y absurdas no se hacen en nuestra provincia por aburrimiento! Eso es porque no se hace lo que se necesita. ¿Para qué casar a este Belikov, si ni siquiera podíamos imaginárnoslo casado? La esposa del director alquiló un palco en el teatro y, ¿qué vemos? En su palco está sentada Várenka con un abanico enorme, resplandeciente de felicidad, y junto a ella, Belikov, pequeño y encogido, como si lo hubieran sacado de su casa a la fuerza con tenazas. Organizo una velada y las damas exigen que invite a Belikov y a Várenka sin falta. En fin, la maquinaria se puso en marcha. Resultó que Várenka no estaba del todo en contra de casarse. Vivir con su hermano no le resultaba muy grato, pues pasaban todo el día enfadados y discutiendo. Imagínese esta escena: va Kovalenko por la calle, un tipo alto y fornido, con una camisa bordada y un mechón que le sale de la gorra y le cae sobre la frente; lleva un montón de libros en una mano y un palo grueso y nudoso en la otra. Detrás de él va su hermana, también con libros.

-¡Pero si tú no lo has leído, Mijáil! -discute ella en voz alta-. Te lo digo, te lo juro, ¡no lo has leído!

-¡Y yo te digo que sí lo he leído! -grita Kovalenko, golpeando el suelo con el palo.

-¡Ay, Dios mío, Minchik! ¿Por qué te enfadas? ¡Es una discusión de principios!

-¡Te digo que lo he leído! -grita Kovalenko aún más alto.

Y, si había visitas en casa, más gritos. Esa vida, evidentemente, la había hartado; quería su propio espacio y, a su edad, ya no podía ser selectiva: se casaría con cualquiera, incluso con un profesor de griego. Al fin y al cabo, para la mayoría de nuestras señoritas da igual con quién casarse, con tal de casarse. En cualquier caso, Várenka empezó a mostrar una clara preferencia por nuestro Belikov.

## El hombre en el estuche

Categoría: 185-Cuentos en el Muro

Publicado: Lunes, 02 Febrero 2026 18:58

Escrito por Antón Chéjov

---

¿Y Belikov? Iba a ver a Kovalenko igual que venía a vernos a nosotros. Llegaba, se sentaba y se quedaba callado. Él permanecía callado y Várenka le cantaba *Viut vitri*, o le miraba pensativa con sus ojos oscuros, o de repente se echaba a reír.

—Ja, ja, ja.

En los asuntos amorosos, y especialmente en el matrimonio, la sugestión juega un papel importante. Todos, tanto los compañeros como las compañeras, empezaron a decirle a Belikov que se casara, que no le quedaba nada más en la vida que casarse. Todos lo felicitábamos y hablábamos con aire importante de trivialidades como que el matrimonio era un paso serio. Además, Várenka no era fea, era interesante, hija de un consejero estatal, tenía una finca y, lo más importante, había sido la primera mujer que lo había tratado con cariño y cordialidad. Se le nubló la cabeza y decidió que realmente tenía que casarse.

—Ahí es donde había que quitarle las botas y el paraguas —dijo Iván Ivánovich.

—Imagínese, resultó imposible. Puso un retrato de Várenka en su mesa y no paraba de venir a verme para hablarme de ella, de la vida familiar, de que el matrimonio era un paso serio. Visitaba a menudo a los Kovalenko, pero no cambió en absoluto su estilo de vida.

Al contrario, la decisión de casarse le afectó de alguna manera dolorosa: adelgazó, palideció y parecía haberse encerrado aún más en sí mismo.

—Me gusta Varvara Savvishna —me decía con una débil sonrisa—, y sé que casarse es necesario para todo el mundo, pero... todo esto ha sucedido de repente. Hay que pensarlo.

—¿Qué hay que pensar? —le digo—. Cásese, eso es todo.

—No, el matrimonio es un paso muy serio, primero hay que sopesar las obligaciones y responsabilidades que conlleva para que luego no salga mal. Me preocupa mucho; ahora no duermo por las noches. Y, la verdad, tengo miedo; ella y su hermano tienen una forma de pensar un poco extraña, razonan de una manera extraña, ya sabes, y tienen un carácter muy vivaz. Te casas y, con un poco de mala suerte, te metes en algún

## El hombre en el estuche

Categoría: 185-Cuentos en el Muro

Publicado: Lunes, 02 Febrero 2026 18:58

Escrito por Antón Chéjov

---

lío.

No le pedía matrimonio, lo posponía todo, para gran disgusto de la directora y de todas nuestras damas. Sopesaba las obligaciones y responsabilidades que le esperaban y, mientras tanto, salía casi todos los días con Várenka, quizá pensando que era lo que debía hacer en su situación. Venía a verme para hablar de la vida familiar. Y, con toda seguridad, al final le habría pedido matrimonio y se habría consumado una de esas uniones innecesarias y ridículas que se celebran a miles en nuestras provincias por aburrimiento o por falta de algo mejor... si no se hubiera desatado de repente un *kolossalische Skandal*, un escándalo colosal.

Hay que decir que el hermano de Várenka, Kovalenko, odió a Belikov desde el primer día que lo conoció y no lo soportaba.

—No entiendo —nos decía, encogiéndose de hombros—. No entiendo cómo podéis soportar a ese soplón, a ese tipejo miserable. ¡Ay, señores, cómo podéis vivir aquí!

El ambiente aquí es asfixiante y repugnante. ¿Son ustedes pedagogos, maestros? Sois unos burócratas, esto no es un templo del saber, sino una oficina de la policía, y apesta a agrio, como en una caseta de vigilancia. No, hermanos, viviré con ustedes un poco más y luego me iré a mi granja, donde pescaré cangrejos y enseñaré a los ucranianos. Me iré y ustedes quédense aquí con su Judas, que reviente si quiere.

O se reía, se reía hasta llorar, a veces con voz grave, a veces con una voz aguda y chillona, y me preguntaba extendiendo los brazos:

—¿A qué viene él a verme? ¿Qué es lo que quiere? Sentarse y mirar.

Incluso le puso a Belikov un apodo, algo así como «garrapata» o «araña». Por supuesto, evitábamos hablar con él sobre el hecho de que su hermana Várenka se iba a casar con «la araña». Y cuando la directora insinuó que sería bueno que su hermana se desposara con un hombre tan serio y respetado como Belikov, él frunció el ceño y murmuró:

—No es asunto mío. Que se case con quien quiera, yo no me meto en los asuntos ajenos.

## El hombre en el estuche

Categoría: 185-Cuentos en el Muro

Publicado: Lunes, 02 Febrero 2026 18:58

Escrito por Antón Chéjov

---

Ahora escuchen lo que pasó después. Algún bromista dibujó una caricatura de Belikov caminando con chanclos y pantalones remendados bajo un paraguas, con Várenka del brazo, y debajo ponía: «*Anthropos enamorado*». La expresión está muy bien captada, ¿entienden? El dibujante debió de trabajar más de una noche, porque todos los profesores del instituto masculino y femenino, los del seminario, los funcionarios... recibieron un ejemplar. También lo recibió Belikov. La caricatura le causó una impresión muy fuerte.

Salimos juntos de casa; era precisamente el primero de mayo, domingo, y profesores y alumnos habíamos quedado en reunirnos en el instituto para ir juntos a pie a un bosque en las afueras de la ciudad. Salimos y él estaba verde, más sombrío que una nube.

—¿Qué gente tan mala y ruin! —dijo, y le temblaban los labios.

Incluso me dio pena. Seguimos caminando y, de repente, imagínese, apareció Kovalenko en bicicleta, y detrás de él, Várenka, también en bicicleta, roja, agotada, pero alegre y feliz.

—¿Vamos, adelante! —gritaba ella— ¡Hace un tiempo tan bueno, tan bueno que es increíble!

Y desaparecieron los dos. Mi Belikov pasó de verde a blanco y se quedó paralizado. Se detuvo y me miró...

—¿Qué es esto? —preguntó—. ¿O tal vez me engaña la vista? ¿Acaso es propio de los profesores del instituto y de las mujeres ir en bicicleta?

—¿Qué hay de indecoroso en ello? —dije—. Que vayan en bicicleta si les gusta.

—¿Cómo es posible? —exclamó, asombrado por mi tranquilidad— ¡¿Qué está diciendo?!

Estaba tan sorprendido que no quiso seguir adelante y regresó a casa.

Al día siguiente, no dejaba de frotarse las manos nerviosamente, temblaba y se le notaba en la cara que no se encontraba bien. Se ausentó de las clases, algo que nunca antes le había ocurrido. No

## El hombre en el estuche

Categoría: 185-Cuentos en el Muro

Publicado: Lunes, 02 Febrero 2026 18:58

Escrito por Antón Chéjov

---

almorzó. Al atardecer, se vistió más abrigado, a pesar de que hacía un tiempo totalmente veraniego, y se dirigió a casa de los Kovalenko. Várenka no estaba en casa; solo encontró a su hermano.

—Siéntese, por favor —dijo Kovalenko con frialdad y frunciendo el ceño; tenía el rostro somnoliento, apenas había descansado después de comer y estaba de muy mal humor.

Belikov permaneció en silencio durante unos diez minutos y luego comenzó:

—He venido a veros para desahogarme. Lo estoy pasando muy mal. Un difamador ha dibujado una caricatura mía y de otra persona muy cercana a nosotros. Considero mi deber aseguraros que yo no tengo nada que ver con eso... No he dado ningún motivo para tal burla; al contrario, siempre me he comportado como una persona decente.

Kovalenko seguía sentado, enfadado y en silencio. Belikov esperó un poco y continuó en voz baja y con tono triste:

—Y aún tengo algo más que decirle. Llevo mucho tiempo en el servicio, usted acaba de empezar y, como compañero mayor, considero mi deber advertirle. Andar en bicicleta es un pasatiempo totalmente indecoroso para un educador de la juventud.

—¿Por qué? —preguntó Kovalenko en voz grave.

—¿Acaso hay que explicarlo, Mijaíl Sávvich? ¿No está claro? Si un profesor va en bicicleta, ¿qué les queda a los alumnos? ¡Solo ir andando sobre la cabeza! Y, como no está expresamente permitido por una circular oficial, está prohibido. ¡Ayer me horroricé! Cuando vi a su hermana, se me nubló la vista. ¡Una mujer o una señorita en bicicleta es horrible!

—¿Qué es lo que quiere exactamente?

—Solo quiero una cosa: advertirle, Mijaíl Sávvich. Es joven, tiene un futuro por delante y debe conducirse con mucha prudencia. ¡Y, sin embargo, qué manera de despreciar las normas! Anda por ahí con camisa bordada, siempre con libros bajo el brazo, y ahora, encima, la bicicleta... Si se entera el director y luego el inspector... ¿Qué pensará

## El hombre en el estuche

Categoría: 185-Cuentos en el Muro

Publicado: Lunes, 02 Febrero 2026 18:58

Escrito por Antón Chéjov

---

la gente?

—¿Que mi hermana y yo andemos en bicicleta no es asunto de nadie! —dijo Kovalenko, sonrojándose—, y quien se entrometa en mis asuntos domésticos y familiares, lo mandaré al diablo.

Belikov palideció y se puso en pie.

—Si me habla en ese tono, no puedo continuar —dijo—. Le ruego que nunca vuelva a expresarse así en mi presencia sobre los superiores. Debe mostrar respeto hacia las autoridades.

—¿Acaso he dicho algo malo sobre las autoridades? —preguntó Kovalenko, mirándolo con rencor—. Por favor, déjeme en paz. Soy un hombre honesto y no quiero hablar con alguien como usted. No me gustan los soplones.

Belikov se puso nervioso y comenzó a vestirse rápidamente, con una expresión de horror en el rostro. Era la primera vez en su vida que oía semejantes groserías.

—Puede decir lo que quiera —dijo, saliendo del vestíbulo al rellano de la escalera—. Solo debo advertirle de que quizá alguien nos haya oído y, para evitar malinterpretaciones y problemas, tendré que informar al director del contenido de nuestra conversación... en líneas generales. Estoy obligado a hacerlo.

—¿Informar? ¡Ve e informa!

Kovalenko lo agarró por el cuello y lo empujó, y Belikov rodó por las escaleras haciendo ruido con sus chanclos. La escalera era alta y empinada, pero llegó abajo sano y salvo. Se levantó y se tocó la nariz: ¿estaban intactas las gafas? Pero, justo en ese momento, mientras rodaba por la escalera, entró Várenka con dos damas. Se quedaron abajo mirando y, para Belikov, eso fue lo más terrible. Habría sido mejor romperse el cuello y las dos piernas que convertirse en el hazmerreír de todos; ahora se enteraría todo el pueblo, se lo contarían al director, al inspector... ¡Ay, qué podría pasar! Harían una nueva caricatura y todo acabaría con la orden de dimitir...

Cuando se levantó, Várenka lo reconoció, vio su ridícula cara, su abrigo arrugado y sus chanclos, y, sin entender qué pasaba, creyendo

## El hombre en el estuche

Categoría: 185-Cuentos en el Muro

Publicado: Lunes, 02 Febrero 2026 18:58

Escrito por Antón Chéjov

---

que se había caído sin querer, no pudo contenerse y se echó a reír a carcajadas:

-¡Ja, ja, ja!

Y con ese «ja, ja, ja» resonante y burlón terminó todo: el noviazgo y la existencia terrenal de Belikov. Ya no oía lo que decía Várenka ni veía nada. Al volver a su casa, lo primero que hizo fue quitar el retrato de la mesa; luego se acostó y ya no se levantó.

A los tres días, Afanasi vino a verme y me preguntó si había que llamar al médico porque el señor no estaba bien. Fui a ver a Belikov. Estaba tumbado bajo un dosel, cubierto con una manta, y no decía nada; si le preguntabas algo, solo respondía «sí» o «no», y nada más. Él estaba tumbado y Afanasi, sombrío y ceñudo, deambulaba a su alrededor suspirando profundamente; olía a vodka, como si hubiera estado en una taberna.

Un mes después, Belikov murió. Lo enterramos todos, es decir, los dos institutos y el seminario. Ahora, cuando yacía en el ataúd, tenía una expresión apacible, agradable e incluso alegre, como si estuviera contento de que por fin lo hubieran puesto en un estuche del que nunca saldría. Sí, ¡había alcanzado su ideal! Y, como si fuera en su honor, durante el entierro hizo un tiempo nublado y lluvioso; todos llevábamos chanclos y paraguas. Várenka también estaba en el funeral y, cuando bajaron el ataúd a la tumba, se echó a llorar. Me di cuenta de que las ucranianas solo lloran o ríen, nunca tienen un estado de ánimo intermedio.

Confieso que enterrar a personas como Belikov produce cierto placer. De regreso del cementerio, nuestras caras eran recatadas y austeras; nadie quería mostrar lo que en realidad sentía: una especie de satisfacción parecida a la que experimentábamos en la infancia cuando los adultos salían de casa y nosotros corríamos por el jardín gozando de plena libertad. ¡Ah, la libertad! Incluso su sombra, la más leve esperanza de que pueda existir, da alas al alma, ¿no le parece?

Volvimos del cementerio de buen humor. Pero no pasó más de una semana y la vida siguió como antes: igual de dura, agotadora y sin sentido. Una vida no prohibida por alguna circular, pero tampoco permitida del todo; no mejoró. Y, en efecto, enterramos a Belikov, pero ¿cuántas

## El hombre en el estuche

Categoría: 185-Cuentos en el Muro

Publicado: Lunes, 02 Febrero 2026 18:58

Escrito por Antón Chéjov

---

personas más como él quedaban en el armario? ¿Cuántas más habría?

—Eso es precisamente —dijo Iván Ivánovich, fumando en su pipa.

—¡Cuántas más habrá! —repitió Burkin.

El profesor del instituto salió del granero. Era un hombre bajo, gordo, completamente calvo, con una barba negra que le llegaba casi hasta la cintura, y con él salieron dos perros.

—¡Qué luna! —dijo mirando hacia arriba.

Ya era medianoche. A su derecha se extendía todo el pueblo, una larga calle que se perdía en el horizonte a unas cinco verstas. Todo estaba envuelto en un sueño profundo y silencioso; ni un movimiento, ni un sonido: costaba creer que la naturaleza pudiera ser tan callada. En una noche de luna, al ver una amplia calle de aldea con sus casas, sus hileras de heno y los sauces dormidos, el alma se aquieta. Y ese silencio, ese recogimiento bajo las sombras nocturnas, alejadas del trabajo, la pena y el dolor, inspira dulzura, tristeza y belleza. Parece que las propias estrellas miran desde lo alto con ternura, conmovidas, y que ya no hay mal en la tierra, que todo está bien. A la izquierda, al borde del pueblo, comenzaba el campo, que se extendía hasta el horizonte bañado por la luz de la luna. En toda esa extensión de campo tampoco había movimiento ni sonido.

—Así es —repitió Iván Ivánovich—. ¿Acaso el hecho de que vivamos en la ciudad, entre apreturas y estrecheces, escribamos papeles inútiles y juguemos al *whist* no constituye también un estuche? ¿Y el hecho de que pasemos toda la vida entre holgazanes, chismosos, mujeres tontas y ociosas, hablando y escuchando tonterías, no es acaso un estuche? Si quiere, le contaré una historia muy instructiva.

—No, ya es hora de dormir —dijo Burkin—. ¡Hasta mañana!

Los dos se fueron al granero y se acostaron sobre el heno. Ya se habían tapado y estaban dormidos cuando, de repente, se oyeron unos pasos ligeros: pum, pum... Alguien caminaba cerca del granero, avanzaba un poco y se detenía; al cabo de un minuto, volvía a empezar: pum, pum... Los perros gruñeron.

## El hombre en el estuche

Categoría: 185-Cuentos en el Muro

Publicado: Lunes, 02 Febrero 2026 18:58

Escrito por Antón Chéjov

---

-Es Mavra -dijo Burkin.

Los pasos se acallaron.

-Ver y oír cómo mienten -dijo Iván Ivánovich, dando vueltas en la cama-, y que te llamen imbécil por tolerar sus mentiras; soportar las ofensas, las humillaciones, no atreverse a declarar abiertamente que estás del lado de los hombres honestos y libres, mentirse a uno mismo, sonreír... Y todo eso por un pedazo de pan, por un rincón caliente, por un puestecillo sin valor... No, ¡no se puede seguir viviendo así!

-Bueno, eso ya es otra historia, Iván Ivánovich -dijo el maestro-. ¡A dormir!

Diez minutos después, Burkin ya estaba dormido. Sin embargo, Iván Ivánovich seguía dando vueltas en la cama y suspirando. Al rato, se levantó, salió, se sentó en la puerta y encendió su pipa.